

Julián Casanova: *España partida en dos. Breve historia de la Guerra Civil española*. Barcelona: Crítica 2022. 272 páginas.

No hay acontecimiento histórico español que haya suscitado mayor atención entre los historiadores que la Guerra Civil del 36. La amplia producción historiográfica disponible, que sigue aumentando, nos permite conocer ya de forma cabal los episodios y elementos más relevantes de este enfrentamiento armado. Sin embargo, a ojos del autor, el avance historiográfico no ha redundado en una mejor

comprensión social de estos hechos, pues “la mayoría de los españoles no saben, o no quieren saber, mucho acerca de él, y además otros hacen lo imposible para que no lo sepan”. Este es el marco en el que hay que ubicar la obra. Una síntesis actualizada, de prosa accesible y rigurosa, que tiene como objetivo cubrir las necesidades, por este orden, de los estudiantes, profesores de enseñanzas medias y del amplio público interesado.

El libro, originariamente publicado en 2013, se encuentra ya en la edición número catorce. A todas luces va camino de convertirse en un clásico de referencia, si no lo es ya. Además, su repercusión no se limita al ámbito hispanohablante, pues ha conseguido trascender los límites tradicionales de los trabajos historiográficos, al ser traducida al inglés, turco y árabe. Esta circunstancia, la de dirigirse prioritariamente a un público no especializado, se percibe claramente en su afán didáctico, pues no se limita a explicar los sucesos que tuvieron lugar en los casi tres años que duró la guerra, sino que dedica también líneas a abordar cuestiones previas y posteriores a la guerra, como fueron el paso de la Monarquía a la República, el régimen republicano, la inmediata posguerra, la evolución de la dictadura, así como la transición a la democracia, a la vez que cuestiones de actualidad, como reflexiones sobre la significación del valle de los Caídos (ahora denominado valle de Cuelgamuros) tras la exhumación del dictador o las diferencias entre historia y memoria, y sus repercusiones en las disputas partidistas y en las políticas públicas de memoria.

A este material se le añaden una cronología detallada, cuatro mapas que

reflejan la evolución de la guerra, una cuidada selección de imágenes, un índice onomástico y un listado bibliográfico temáticamente ordenado dirigido a facilitar la profundización en áreas específicas (violencia, clericalismo / anticlericalismo, intervención extranjera, batallas, personajes y políticas). Para ediciones posteriores, sería recomendable que se incluyeran tablas y gráficos en el texto, sobre todo, para visualizar mejor los datos cuantitativos, que son muchos y sustantivos, como, por ejemplo, los referentes a los combatientes, los muertos en combate, los ejecutados judicial y extrajudicialmente, el personal y material proporcionado por los países extranjeros, etc.

La obra se estructura sobre seis ejes temáticos, agrupados en casi 200 páginas (26 corresponden a notas) centrados fundamentalmente en los siguientes aspectos: la preparación del golpe de Estado, la dimensión religiosa e internacional de la guerra, las respuestas de la República a la insurrección militar, la formación del nuevo Estado y el ejercicio de la represión durante la inmediata posguerra y las estrategias militares y su desarrollo en los frentes. Considero que la elección temática de los bloques es acertada, pues establece claramente de forma ordenada las principales claves, los actores (y sus biografías) y los episodios que condicionaron el surgimiento, desarrollo y desenlace de la guerra.

Sin lugar a dudas, la dimensión internacional es uno de los ejes determinantes a considerar, pues, como sostiene el autor, tras la Primera Guerra Mundial y el triunfo de la Revolución bolchevique en Rusia, ninguna Guerra Civil podía ya ser solo interna. Y España no fue una excepción.

Como tampoco lo fue durante el primer tercio del siglo xx. La imagen de un país en declive tras la pérdida de las últimas colonias de ultramar, sin apenas desarrollo industrial, con un sector primario atrasado, controlado mayormente por terratenientes ineficaces, y con una burguesía débil y poco emprendedora, es refutada a través de datos que corroboran la notable modernización del país durante las primeras tres décadas, si bien la misma fue desigual y no lineal, entre fases alternas de avance y estancamiento. Las similitudes con el resto del continente no se limitaron a las transformaciones sociales, económicas, políticas y culturales, sino que, en España, al igual que en buena parte de los países europeos durante los años treinta y cuarenta, los conflictos se dirimieron de forma violenta, al margen de los cauces institucionales. No en vano, a la altura del estallido de la Segunda Guerra Mundial, tan solo Irlanda, creada en 1922, había conseguido subsistir al auge de los militares contrarrevolucionarios, movimientos autoritarios y fascistas entre las democracias liberales surgidas entre 1910 y 1931.

La diferencia sustancial del caso español, la que lo convierte en un acontecimiento único, fue que el golpe de Estado derivó en una Guerra Civil, algo que no ocurrió en el resto de los países europeos occidentales donde triunfó el autoritarismo. El autor parte de esta premisa de forma pertinente para ir desgranando los factores que posibilitaron el estallido de la guerra en España. Los condicionantes que influyeron fueron múltiples y muy variados, pero en un primer nivel habría que situar la división del Ejército, la financiación que dispuso cada bando y la ayuda internacional recibida. Sin estos condi-

cionantes la guerra no hubiera tenido lugar o, al menos, no se hubiera prolongado tanto en el tiempo. En primer lugar, las milicias obreras, por muy movilizadas y armadas que estuviesen, apenas podrían haber mantenido un sostenido enfrentamiento ante el avance de un Ejército pertrechado, unido y disciplinado. En segundo lugar, la financiación y la ayuda militar. Se estima que cada bando dedicó un monto cercano a los 700 millones de dólares de la época para sostener el esfuerzo bélico. En principio, la ventaja de la República en este campo era superior, debido a las toneladas de oro que atesoraba, y que empleó para sufragar el material de guerra suministrado por la Unión Soviética. Sin embargo, los créditos facilitados por la Italia fascista y Alemania nazi, por este orden de importancia, desequilibraron la balanza a favor de la causa franquista, al posibilitar a estos disponer de un moderno material de guerra, superior al soviético, además de asistencia logística y diplomática.

Recurrentemente el autor reflexiona sobre la necesidad de rechazar el determinismo en el estudio de la historia. Se trata de una máxima compartida por el gremio docente, hacer comprender que en la historia nada está escrito de antemano, aunque a veces lo parezca, y, en lo aquí nos ocupa, que el golpe de Estado de julio de 1936 no fue inevitable, sino que fue un camino más de otros que se podían haber transitado. Los sucesivos intentos insurreccionales, motivados desde posiciones extremas tanto de derechas como de izquierdas, que tuvieron lugar durante la República, desde prácticamente sus primeros días, que van desde la de Sanjurjo en 1932 (reflejo de una historia

del Ejército repleta de intervenciones en política), las insurrecciones anarcosindicalistas (partidarios de la revolución frente a las reformas desde las instituciones), hasta el proceso revolucionario de octubre de 1934 (en el que fueron asesinados en Asturias 34 seminaristas y sacerdotes, y destruidas más de 50 sedes eclesiales), son la constatación de que tras el golpe de julio de 1936 la guerra no era la única crónica anunciada.

Dicho lo cual, conocido el desenlace, el libro atiende al análisis del contexto, identificando los distintos factores que desencadenaron la guerra. La fragmentación política de la sociedad, la degradación de la convivencia social, la radicalización de los discursos políticos alentando a la deshumanización del adversario (convertidos para muchos en enemigos a exterminar), los efectos de la crisis económica, las pugnas violentas en las calles, las desigualdades sociales, el rechazo hacia las instituciones representativas y la democracia liberal, la creciente legitimidad otorgada al recurso de la violencia como herramienta política y el auge de los modelos autoritarios, entre otros, eran los síntomas inequívocos de una sociedad sumergida en una profunda crisis. A tenor de Casanova, un error atribuible a la República fue que intentó transformar demasiadas cosas a la vez, tratando de dar solución en un reducido lapso de tiempo a problemas seculares que arrastraba el país: la tierra, la Iglesia, el Ejército, la educación y las relaciones laborales. Aquellas medidas además de suscitar grandes esperanzas, muchas no satisfechas, crearon pronto poderosos enemigos.

El golpe de julio de 1936 no logró su objetivo preferente, el de hacerse con los

resortes del poder en su totalidad, debido a la resistencia militar y civil encontrada, aunque sí lo consiguió parcialmente, al quebrar en parte del territorio la autoridad del gobierno republicano. Hitler reconoció a Galeazzo Ciano, ministro de Asuntos Exteriores de Italia, en septiembre de 1940, que sin la ayuda proporcionada por ambos países “no existiría Franco hoy”. Tan solo diez días después la rebelión, comenzaron a llegar los aviones y demás ayuda militar que posibilitaron trasladar a un total de 47.000 combatientes desde África a la península, los de mayor experiencia de combate, eludiendo en control naval republicano en el estrecho de Gibraltar. Franco fue quien gestionó la recepción de esas ayudas, aspecto por el cual, según el autor, colocó decisivamente al militar ferrolano como el mejor posicionado para liderar a los sublevados, tras la muerte de Sanjurjo.

La estrategia represiva implementada siguió un patrón previamente definido durante los preparativos de la conspiración. Por lo general, en aquellos lugares bajo el control golpista se ejecutó un clima de calculado terror, no espontáneo, dirigido a paralizar los resortes de respuesta del gobierno republicano. Las cifras de ejecutados, la mayoría de forma extrajudicial, en sacas y paseos por elementos paramilitares falangistas y carlistas, ilustran el modo de actuación y la magnitud de los crímenes. No en vano, es en los meses sucesivos al golpe de Estado donde se concentraron la mayor parte de las víctimas mortales de la represión. Tras las frustradas ofensivas sobre Madrid y la estabilización de los frentes, el patrón represivo fue variando, dando paso a la preeminencia de la represión reglada, mayor-

mente a través de la jurisdicción militar y los centros de reclusión habilitados.

Paradójicamente, como señala Casanova, la insurrección militar contrarrevolucionaria destinada a evitar la revolución en España, fue el factor determinante que acabó desencadenándola. La sublevación empujó al Estado a una posición de quiebra, al punto que dejó prácticamente de existir, encontrándose en una situación de debilitamiento extremo. La medida desesperada del gobierno de Giral, tras la dimisión de Casares Quiroga, la de autorizar el reparto de armas entre los militantes izquierdistas más comprometidos, provocó el surgimiento de un abanico de poderes autónomos o semiautónomos armados, sin el cual resultaba imposible frenar el avance de las tropas golpistas. La retaguardia republicana fue también el escenario de matanzas indiscriminadas, bajo la idea extrema, compartida en ambos bandos, de exterminar el *problema* de raíz. Las cerca de 3.000 personas fusiladas, sin juicio previo, en Paracuellos del Jarama en noviembre de 1936, tras el traslado del gobierno de la República a Valencia, fue su expresión más feroz.

La violencia anticlerical fue otro de los rasgos distintivos de la violencia en la retaguardia republicana. Esta dejó un balance de más de 6.800 eclesiásticos asesinados y multitud de recintos religiosos saqueos y destruidos. La Iglesia católica, identificada como un enemigo de clase, fue la institución más damnificada en aquellos lugares donde no triunfó la sublevación, a excepción de Gipuzkoa y Bizkaia, donde los nacionalistas vascos se erigieron en sus defensores ante posibles desmanes que pudieran acometer los izquierdistas más exaltados. La Iglesia católica, si bien no

se encontró entre los conspiradores, rápidamente se sumó a su causa, presentando la guerra como justa y necesaria. La Iglesia se convirtió, de esta forma, en uno de los pilares del nuevo Estado, junto con el Ejército y FET-JONS, recuperando los poderes que la Constitución de 1931 le había arrebatado. La mayoría de los eclesiásticos españoles nunca quisieron saber nada de mediación o perdón.

En el apartado destinado al arte de la guerra se da cuenta del desarrollo militar durante la contienda. A este respecto, es destacable la ausencia de experiencia del Ejército español en guerras modernas, pues sus últimas acciones se limitaron a la guerra en Marruecos contra un enemigo primitivo, como eran las harkas. A este estado de cosas, habría que añadir la ausencia de equipamiento militar moderno. Sin embargo, paradójicamente, la española fue la primera guerra del siglo xx en la que se puso en práctica el bombardeo como estrategia de guerra, llegando a convertirse en un sofisticado campo de pruebas de la aviación extranjera.

Probablemente, la escasa preparación en técnicas de guerra modernas del Ejército español sea una de las causas de las erráticas estrategias adoptadas por ambos contendientes, tal y como lo describen los especialistas en la materia, al definir militarmente la guerra española como “una inmensa chapuza”. Teruel fue uno de los lugares donde el despropósito militar fue más evidente. La más pequeña de las capitales de Aragón, sin interés estratégico, con apenas 15.000 habitantes, entre noviembre de 1937, con la toma por parte de los republicanos, hasta el 22 de febrero de 1938, con su pérdida, se convirtió en una de las batallas más duras,

con cerca de 200.000 combatientes implicados y más de 30.000 bajas mortales. La reconquista de Teruel, con unas tropas republicanas disminuidas y desmoralizadas, facilitó la gran ofensiva franquista hasta el Mediterráneo, a través de Aragón y Castellón, partiendo el territorio de la República en dos.

El territorio controlado por la República no hacía más achicarse a medida que avanzaba la guerra. El antepenúltimo golpe mortal a la República se lo asestaron los gobiernos británico y francés al acordar con Hitler y Mussolini la entrega de los Sudetes de Checoslovaquia a Alemania, en los denominados acuerdos de Múnich, en septiembre de 1938. La posición francesa y británica no fue más que la prolongación de la política de no intervención auspiciada dos años antes, en un errático intento de apaciguamiento de las dictaduras fascistas.

Los últimos episodios de la guerra van asociados con el colapso caótico del Estado republicano. La huida de muchedumbres descontroladas hacia Francia, ametralladas por la aviación, formando caravanas retenidas de 15 kilómetros, con niños muertos de frío o pisoteados y mujeres malpariendo en las cunetas, fueron algunas de las escenas observadas y descritas por el propio presidente de la República, Manuel Azaña, mientras abandonaba por siempre el país. Situaciones análogas, de máxima desesperación, se vivieron también en Alicante los días previos a la llegada de las tropas sublevadas, donde aguardaban 15.000 personas con la vana esperanza de escapar. Algunos optaron por el suicidio. El último episodio de colapso institucional republicano correspondió al golpe de Estado ejecutado en

Madrid por Segismundo Casado, jefe del Ejército del Centro, en marzo de 1939, con el fin de acordar una rendición imposible con Franco. En aquellos enfrentamientos entre republicanos murieron cerca 2.000 combatientes.

El número total de víctimas mortales debido a la guerra se estima en torno a las 600.000, de las cuales 100.000 corresponderían a la represión ejecutada por los sublevados y 55.000 en la retaguardia republicana. La represión de posguerra, aquella ejecutada tras el final oficial de la guerra, entre 1939 y 1946, segó la vida de unas 50.000 personas. Las cárceles y recintos habilitados sobresaturados albergaron 270.000 prisioneros entre finales de 1939 y 1940. El autor no lo señala, pero convendría también destacar la política gradual y controlada de excarcelaciones activada a partir de 1940, a través de la promulgación de una orden que constituía en cada provincia unas comisiones de examen de penas destinadas a la revisión de oficio de las penas ordinarias falladas a partir del 18 de julio de 1936. El nuevo Estado mantuvo vigente el estado de guerra hasta 1948.

En definitiva, se trata de una obra que cumple eficazmente su cometido, el de explicar con claridad y rigurosidad las cuestiones más relevantes sobre la Guerra Civil española, ubicándola en el convulso contexto europeo de entreguerras. Probablemente un lector especializado en el tema eche de menos un mayor desarrollo en algunos apartados. Sin embargo, queda claro que la misión de la obra es otra, la de ofrecer a un público no avezado un material accesible, bien estructurado y excelentemente documentado para comprender el acontecimiento más

determinante de la historia contemporánea española.

ERIK ZUBIAGA ARANA
(UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO-
EHU/UPV)